

# EL NEGRO TIMOTEO

PERIÓDICO POLÍTICO, SATÍRICO Y BURLESCO

Suscripción mensual:  
60 CENTÉSIMOS

SALE TODOS LOS DOMINGOS  
Oficina Dayman núm. 148

Número suelto:  
16 CENTÉSIMOS

TIENE EDITOR RESPONSABLE

## Un Veterano Oriental

AFROPÓSITO EN 2 ACTOS, EN VERSO

Por J. C. B.

(Continuación)

Estamos en la cuarta escena del primer acto. Ernesto ha empezado á batir en brecha el corazón de Isabel, que no rechaza, ni débilmente, los avances del audaz capitán de Cazadores.

Pero no anticipemos los sucesos.

El lector recordará que el galán acaba de decir á la virgen que el mate le proporciona la ocasión de poner sus labios yertos, allí donde ella puso sus labios de fuego; es decir, en la bombilla.

Isabel, cándida como Eva antes del pecado, no tiembla ante ese amago de carga al paso de trote. Todo lo contrario, parece que desea el asalto para rendirse á discreción, según se deduce de las expresiones siguientes:

ISABEL—Y diga usted, diga usted: (ripio)  
¿Eso que se dice es cierto?

Como la pregunta es enigmática, el oficial se halla obligado á pedir la aclaración del *eso*; y el *eso*, á estar á Isabel, es que si dos toman en un mate al mismo tiempo, se adivinan lo que piensan.

Ernesto (á quien poco se le importa resolver el problema de cómo dos personas podrán tomar mate al mismo tiempo y haciendo uso de la misma bombilla) le responde que para algunos eso es cuento: pero que él se atiene (se atendrá debió decir) á la prueba.

Dicho esto, aparece Santiago haciendo venias primero, cuadrándose después, y por último girando marcialmente sobre sus talones para situarse al lado de la puerta, donde permanece como un recluta en la posición de firmes.

Entonces Ernesto pasa á la prueba ofrecida, dando un *chupon al mate* y diciéndole á Isabel:

Chupe, chupe usted ahora.

La preciosa toma el mate y chupa, sin manifestar ninguna extrañeza por la libertad que se ha permitido el Tenorio con galones: extrañeza que hubiera demostrado otra mujer menos inocente que la hija de don Quintín.

La cosa, pues, no tiene malicia; y es de verdadero *rechupete*.

Entretanto Santiago, inmóvil en la puerta, representa el cuadro vivo de la resignación; ó mejor dicho, hace lo que un eunuco negro del serallo.

Así que Isabel ha chupado el mate, Ernesto, por medio de una transición y previa la segunda pausa, se produce de este modo:

¿Usted no ha visto, Isabel,  
Cuando sale de paseo (no en otra parte)  
A dos palomas reñir,  
Tal y cual, ni mas ni menos,  
Como refimos los hombres  
Con ustedes, para luego  
Querernos mas, ¡mucho mas!  
Para amarnos?

Isabel antes de contestar al diluvio de palabras con que la agobia el minucioso Lovelace á la *dernière*, entrega el mate á Santiago, ignoramos si para alejar á un tostigo, siempre importuno en escenas de amor, ó compadecida de la actitud resignada del sarjento, que desempeña, repetimos, un rol muy parecido al de los guardianes del harén imperial.

El negro hace otra venia (lo suponemos) y se ausenta del teatro. Acto continuo Isabel bajando la voz como lo exige el caso, dice al enamorado capitán:

Sí, recuerdo.

ERNESTO—¿Y usted no ha visto que entonces,  
Pasado el cruel picoteo,  
Se van, beben en la fuente,  
La palomita primero, [Es claro, los  
Luego el palomo y después [palomos  
Se dan millones de besos? [tambien son  
[cortesés]

Esto se llama, lectores, irse á fondo. De segu-



ro que mas de un espectador habrá murmurado despues de esa estocada maestra:

Vaya un polvo y descansenos  
Que el asunto vá formal.

Pero Isabel, pura y soñadora virgen, no comprende adónde quiere llevarla aquella serpiente seductiva, aquella araña que vá tejiendo diestramente su tela para envolver á la incauta *mosca muerta*. Y no sabiendo, como Cleopatra, que debajo de las flores que el oficial le brinda está oculto el áspid venenoso, responde, con una naturalidad que pasmaría á los lectores si ya no los hubiera curado de pasmos todo lo relatado hasta aquí, estas sílabas que merecen ser grabadas sobre mármol:

Si, señor; eso lo he visto  
Y ME HA GUSTADO.

ERNESTO—(aparte) Lo creo.  
Y á quien, Isabel, no gusta,  
A quien no gusta lo bueno?

Isabel rechaza las *mojigaterías sociales* y no se anda con escrúpulos de monja para expresar lo que siente; pero creyendo talvez que no ha dicho lo bastante al afirmar que le *ha gustado el pitoteo* de las palomas, recalca sobre el punto, ó mas bien, pone albarda sobre albarda.

Hé aquí la continuacion del ardiente *tête á tête*:

ISABEL—Y despues que toman agua,  
Y despues del *tiroteo*,  
Concluyen por... por...

ERNESTO— ¿Porqué?

ISABEL—(Con recalco!) Ya lo dijo vd. primero.

La palabra *tiroteo* es propia de la hija de un veterano, aun tratándose de palomas, como tambien es propio de una niña sin mundo ese *por... entrecortado*, y ese verso final, que patentiza acabadamente la castidad de la pollita encantadora.

¿Cómo responderá Ernesto á la pudicicia con que la virgen manifiesta el placer que ha experimentado al presenciar el *mitton de besos* que se dan, despues de la rifa, las aves consagradas á la Diosa del amor?

De la manera mas sencilla, murmurando: *Inocente!* á las calladas. Pero el público que ha oido la palabra, no escuchada por Isabel á causa de haber sido pronunciada en un aparte, habrá repetido con dos admiraciones—*Inocente!*

Santiago no vuelve á la escena para dar otro mate á los interlocutores, que ya tendrán la boca seca en razon de tanta charla.

Esta demora debe alarmar á Isabel, pues no sería difícil que hubiera vislumbrado al fin, con el instinto de la mujer, el peligro á que se hallaba expuesta en presencia de un seductor casi irresistible. Deseando detenerse en la pendiente por que

se habia ido deslizándose con suavidad, prorrumpe con enerjia:

Mire usted, señor Ernesto:  
Voy en busca de mi hermano.

Esta salida de tono desconcierta al oficial, apesar de su sangre fría napoleónica; de manera que en su aturdimiento solo puede replicar: *Mi gracias... ó como si dijéramos—¿Con que me deja usted plantado á lo mejor?*

Peró incontinentemente se repone y agrega:

.....Antes quiero  
Que usted sepa de mis labios  
Que aquí le guardo un secreto.

Y luego, para cortar la retirada á la doncella, la toma una mano, empezando á revelar el secreto:

Usted mi bella Isabel....

La bella Isabel lo interrumpe, haciéndole entender, como mas abajo se leerá, que si tratándose de *palabras* le ha consentido todo, no es de la misma opinion tratándose de *obras*, quizá por aquello de que *juegos de manos son juegos de villanos*. Temiendo, por onde, que el oficial, acalorado como estaba, cometiese algun desafuero, grita:

Suelta vd. ay!... que miedo!(!!)

Peró el capitán no suelta su presa. Mefistófelos tiene que vencer á Margarita.

¡Ya estaba escrito! Admirémos sus astucias diabólicas:

ERNESTO—Usted no sabe que la amo?

ISABEL—Yo creo... sí, sí, yo pienso...

ERNESTO—Que créa vd., que es lo que piensa?

ISABEL—Yo pienso que creo, que siento...

Esto no necesita comentarios de ninguna clase. Isabel *piensa que cree que siente*; y el oficial se desespera de que ella no le diga lo que *siente que piensa que cree*.

Si Ernesto se encuentra desesperado, el público no lo estará menos, porque el interes de la accion ha tocado en el *non plus ultra*.

Por consiguiente, suponemos que la concurrencia tributará unánimes aplausos al autor, cuando este, conociendo que ha llegado el momento de calmar la desesperacion general, pone en boca de los personajes las siguientes frases inimitables:

ERNESTO—Concluya usted por piedad...

ISABEL—Ay! aquí, aquí... en el seno...

ERNESTO—Mas que siente usted... Amor?

ISABEL—Amor dijo usted?... Será eso

O no será, mas le juro

Que en mi vida es lo primero

Que sentí por ningún hombre...

Vuélvase á fijar nuestros lectores en los versos transcritos, y observarán como Isabel se vá esplificando poco á poco. El autor prueba que conoce



el corazón humano, y con especialidad el corazón femenino.

Justo es que le rindamos este elogio.

Así, y no de otro modo, (pleonismo por imitación) es como puede confesar su pasión una doncella. Esos ayes, esas palabras entrecortadas, esos suspiros, eso de *Amor dijo usted?*; dan tal naturalidad á la representación, que la escena no parece ficticia sino real y evidente. En este punto la cosa pasa de ideal á verdadera; tanta es la maestría con que está dibujado el cuadro!

Ernesto no se conforma con la púdica é indirecta declaración de Isabel; quiere que los labios de la vírgen revelen con toda claridad los sentimientos de su corazón immaculado. ¿Qué amante no es exigente; qué hombre enamorado no ha suplicado más de una vez lo que pide el bizarro capitán de Cazadores, aunque el amor que siento baya nacido en su alma con la rapidez de un relámpago?

Celebremos el magnífico final de ese diálogo erótico. Aquí vá en dos partes:

ERNESTO—Isabel! Ángel del cielo!

Me ama usted?

ISABEL— Ay! si lo amo!

Como á mi hermano, sí, Ernesto.

ERNESTO—Isabel: y nada más?

ISABEL—Como á papá...

ERNESTO— No más que eso?

ISABEL—Como á Dios...

ERNESTO— Y es ese amor?...

Mayor que el mismo universo.

Lo único que, para un espectador escaso de oído, hubiera podido afeár las estrofas anteriores, es la pregunta *¿no más que eso?* á causa de la cacofonía ó hiato que contienen las voces finales.

Un concurrente vulgar y afectado del tímpano, pudo haber creído que se hablaba de *quesos* en un asunto tan sentimental. Rosete se daría por aludido?

Por lo demás, nunca será suficientemente alabado el *crescendo* del coloquio.

Isabel comienza declarando que ama al oficial tanto como á su padre, y termina diciendo que lo ama al igual de Dios.

Lástima que el autor no haya hecho uso del consonante para embellecer completamente la inspreciable cuarta escena del primer acto. Así quedaría perfecta.

Pero terminemos el diálogo:

ERNESTO—Me lo juras?

ISABEL— Os lo juro

ERNESTO—Pues ve.....

ISABEL— Si, voy corriendo (!)

El tuteo en otras circunstancias y con otro hom-

bre podría tomarse por un exceso de familiaridad; pero tratándose de Ernesto, no hay que fijarse en nada.

Sin embargo, fijémonos en el *Pues vé*, donde el oficial, mostrándose ya satisfecho de su triunfo y convencido de que Isabel lo ama con un *amor mayor que el Universo*, corta la plática con la ruda franqueza de un militar de.... Bolivia, aunque expresándose de un modo más delicado que si hubiese dicho, en lugar de *Pues vé...* y ahora, *comida hecha compañía deshecha*.

Además, el *Pues vé*, á falta de otro mérito tendría el de la oportunidad—porqué, ¿quién pudo haber garantido á Ernesto que no apareciesen de pronto don Quintín y Eduardo y lo sorprendieran en *picos pardos* con Isabel?

Esto hubiese ocasionado un lamentable disgusto, talvez de funestas consecuencias para la doncella; disgusto evitado á tiempo con el *Pues vé* del oficial.

Nuestros lectores nos perdonarán las frivolidades escritas, haciéndonos la justicia de creer que no hemos añadido ni quitado una coma á la 4.<sup>a</sup> escena relatada. Nosotros hemos hecho lo que un fotógrafo—poner delante al original y sacar una exactísima copia de su fisonomía. Si esta tiene rasgos grotescos, á quién puede culparse de vulgar?

En el número siguiente bosquejaremos la escena 5.<sup>a</sup> que, infringiendo el 3.<sup>o</sup> mandamiento de la ley de Dios, mata y remata dignamente á la que acabamos de referir.

(Continuará).

### Peticion

Muy Excelente señor  
Coronel popularísimo—  
O mas bien, Excelentísimo  
Supremo Gobernador.

Antonio Mendez Leal,  
Ante Vuecencia presente,  
Cuadrado militarmente,  
Expongo con voz marcial:—

Que soy un viejo soldado,  
Ultra, neto y definido,  
Del numeroso partido  
Liberal ó colorado.

Desde que en él me afilié,  
Me defendido constante,

(Por detrás y por delante,  
Con la mano y con el pié.)

—  
La divisa de mi idea  
Que es de V. E. honor;  
Dando á los blancos, señor,  
Hacha y tiza en la pelea.

—  
En la gloriosa campaña  
Contra el bando principista,  
Osada gente anarquista  
Sembradora de zizaña;

—  
Con V. E. marché  
No esquivando sacrificios;  
Y ahora diré los servicios  
Que en la campaña presté:

—  
Armado de un chafarote  
Y una lanza de las buenas,  
Comiendo vacas ajenas  
Anduve al paso y al trote,

—  
Y al galope y de carrera,  
De noche como de día,  
Persiguiendo á la anarquía  
Hasta la misma frontera.

—  
He resistido á los frios,  
He sufrido las heladas;  
Y he marchado por cañadas  
Montes y llanos y ríos,

—  
Con mi reserva á la cola  
Del águila que montaba,  
En el bolsillo la taba,  
Y en el cinto la pistola;

—  
Yendo en pos del enemigo  
Que jamás se nos paró;  
De tantos peligros, yo  
Hago á Vucencia testigo.

—  
Y así pasaron los meses;  
Y yo siempre consagra lo  
Al partido colorado  
Y á sus grandes intereses!

—  
Mas ni un tiro disparé,  
Pues, como Vucencia sabe,  
El tricolor era un ave,  
Y nunca nos hizo pié,

—  
Pero con todo vencimos  
Cuando Muniz emigró;  
Entónces Vucencia y yo  
A la capital volvímos.

—  
¿Y sabe cómo el Gobierno  
Premió mi ruda campaña?...  
Con unas botas sin caña  
Y un triste poncho de invierno!...

—  
Qué ingratitud!... Indignado  
Me quedé contra Varela;  
Insaciable sanguiuela  
Del partido... y del Estado.

—  
Por eso cuando llegé  
El 10 de Marzo feliz,  
Y en nuestra plaza Matriz  
Un pueblo se congregó:

—  
Para pedir á Vucencia  
Que se arrogase el poder,  
Yo tuve el honor de ser  
Un bulto en la concurrencia.

—  
Y haciendo gala de fiel  
Al partido colorado—  
«Viva el jóven magistrado!  
Viva el bravo coronel!»

—  
Grité con voz de Stentor  
Desde la plaza á su hogar...  
Quedé ronco de gritar...  
Pero triunfamos, señor!

—  
Creyendo haber demostrado  
Que soy partidario neto,  
Paso, señor, al objeto  
Que este escrito ha motivado.

—  
Hace dias que he leído  
En un diario favorable  
A Vucencia y al partido,  
Diario, señor, dirigido  
Por un plumista notable;



Una crónica firmada  
Por *Un amigo*; en la cual,  
(Después de recomendada  
Una poderosa espada  
Del partido liberal.)

Se os exhortaba, señor,  
A premiar al poseedor  
De joya de tal valía,  
Que es un Mayor... un Mayor  
De edad... y caballería.

Un Gefe que á la verdad,  
A nuestra comunidad  
Con heroísmo ha servido;  
Y por tanto, at gran partido,  
Señor, de la libertad.

V. E. al otro día,  
Aceptando la razón  
Que aquel *amigo* exponía,  
Al dicho mayor lo hacía  
Segundo de un escuadron.

Esto se llama rendir  
Buena justicia con tasa;  
La caridad; es decir,  
La justicia, ha de venir  
Primeramente por casa.

Yo tambien soy colorado,  
Tambien, señor, he servido,  
Y hoy me encuentro desvalido  
Pobre, viejo y amolado.

A V. E. le pido  
Quiera darme algun empleo,  
Porque de veras deseo  
Ser útil á mi partido.

Si en la campaña postrera  
No probé cuanto valía,  
La culpa, señor, no es mía  
Sino de la montonera,

Que iba huyendo de nosotros,  
Pero á toda disparada,  
Como huye de la perrada  
Una multitud de potros,

Y no aduce mas razón,  
Señor, el solicitante;

Porque, según mi opinion,  
La ya aducida es bastante  
Para obtener el turrón.

Quedo, Excelente señor,  
Muy atento servidor...

*Antonio Mendez Leal*  
*Partidario liberal.*

### Las papas y los pimientos

Yo—Supongo que habrás leído los artículos publicados en *El Ferro-Carril* por el autor de un *Veterano Oriental*.

*Timoteo*—Toditos, señor amo, apesar de que el *imbroglio* de su estilo hace muy poco amena la lectura. Y me felicito de haberlos leído, porque ellos me proporcionan otras pruebas fehacientes de lo que he aseverado en mi crítica:—que el escritor de *La Mujer abandonada* está completamente desprovisto de los mas triviales conocimientos literarios, y lo que es peor aun, de las mas vulgares reglas de gramática. Además, los artículos que hasta hoy ha dado á luz, en lugar de destruir mis argumentos, admírese, señor amo, vienen á confirmarles *uno por uno*.

Yo—Eso no puede ser, *Timoteo*.

*Timoteo*—Pero lo es; ya verá su merced cuando la emprenda con sus elucubraciones en prosa.

Yo—Tambien piensas hacer la crítica de los artículos?

*Timoteo*—Ya lo creo, para demostrar los errores garrafales que contienen. Por ahora hablaré á la ligera de algunos, reservándome el derecho de tratar nuevamente el asunto dentro de breves días.

Yo—El primer artículo es corto pero bueno.

*Timoteo*—Si señor, bueno. . para la censura, porque en él, sin escudriñar el fondo, encuentro ya dos ó tres atentados al idioma, á la geografía, y á la verdad literaria. Permítame empezar la revista.

Yo—Te escucho, *Timoteo*.

*Timoteo*—En primer lugar refiere el cuento de un gallego, *hijo de la provincia de Galicia*...

Yo—¿Y de dónde son los gallegos, *Timoteo*? Vaya con la novedad geográfica!

*Timoteo*—Perdon, señor amo, yo encuentro justificada la ampliacion, porque tambien hay gallegos de Lugo y de la Coruña. Además, es conveniente el apéndice, sobre todo para los que hasta hoy habian creído que los gallegos eran naturales de Francia ó de Inglaterra.

Yo—Pero recién observo que habla de un gallego, hijo de la *provincia de Galicia*; cuya *provincia* no existe en España.



*Timoteo*—Y es verdad, señor amo. En España hubo un reino de Galicia, hoy dividido en cuatro provincias, que son: Pontevedra, Coruña, Lugo y Orense.

*Yo*—Y que cuenta del gallego de la provincia que no figura en el mapa español?

*Timoteo*—Cuenta que el gallego (hijo de la provincia de Galicia) allí cuando la revolución de que fué jefe mi tocayo el general Aparicio...

*Yo*—Y á que sacará á colación á tu tocayo?

*Timoteo*—Por la misma razón que tuvo al hablar en su drama de Oriso y de Rivera; y la razón es obtener aplausos, no de los hombres imparciales sino de los partidarios ciegos.

*Yo*—Eso se llama traer las cosas por los cabellos.

*Timoteo*—Para muchos, amo mio, todos los medios son buenos con tal de llegar al fin. Pero, á seguir así, yo lo garantizo á su merced que saldrá herido el hombre. Volviendo al gallego (hijo de la provincia de Galicia) diré que fué herido el 29 de Noviembre.

*Yo*—El 29 de Noviembre? Ya me acuerdo de esa fecha.

*Timoteo*—Y no la habrá olvidado por cierto el articulista, aun cuando es mía la suposición de que el *farruco* salió baleado el 29 de Noviembre.

*Yo*—Ah! Entonces no ha citado ese día?

*Timoteo*—Que lo citaba, señor amo! Pero como cuenta que el suceso ocurrió por las inmediaciones de Montevideo, en una de las guerrillas, yo quiero suponer que pasó en la fecha indicada. Pues bien; herido el gallego de Galicia en la cabeza, lo condujeron al hospital de sangre, en cuyo sitio pasó el diálogo siguiente:

—Doutor, que anda usted buscando por ahí preguntó el gallego de Galicia al médico que lo estaba examinando.

—Quiero ver si tiene vd. afectado el cerebro, respondió el Esculapio.

—¿A es esu de cerebrú?

—Hombre, á ver si lo han dañado los sesos.

—Sesos! ¿pues cree usted que si yo tuviera sesos me haberia enganchado para ir á la guerra?... ¿Que le parece á su merced el cuento?

*Yo*—Pero antes dime con que objeto lo ha relatado.

*Timoteo*—Para aplicárselo al *Lejo* de *La Tribuna*. Y despues de terminado, pregunta muy satisfecho: Estas lector? Cuando el que está no es el lector ni el gallego de Galicia.

*Yo*—El cuento no es malo Timoteo, y ese sí que es traído á pelo.

*Timoteo*—O por los cabellos, que una palabra y otra significan lo mismo.

*Yo*—Vamos, Timoteo, moderación.

*Timoteo*—En seguida hace varias referencias

sobre el que escribió la crítica, á quien unos suponían oriental, otros mameluco ó de Astorga, en cuyo territorio asegura que hay riquísimos garbanzos.

*Yo*—Y también magníficos pepinos, Timoteo.

*Timoteo*—Pero al articulista poco le importaron esas suposiciones. Ahora le cedo la palabra, recomendando el párrafo—«Por lo que á mi respecta, confieso que no me preocupó ninguna de esas suposiciones, y menos me interesé por saber si es este de aqueñde ó aquel de alende el Atlántico, el autor de las sátiras.» Dígame su merced—¿un escolar de diez años hubiera sido capaz de construir una oración con tantos barbarismos?

*Yo*—No lo sé, Timoteo; pero convengo en que la frase no tiene construcción gramatical ni la lengua castiza.

*Timoteo*—Y van dos. En seguida, comparándose modestamente con Moratin, el autor del *Veterano* le cuelga al poeta español una redondilla, señor amo, cuyo primer renglon, á ser escrito por Moratin, hubiera hecho rabiarse á las musas y á sus admiradores.

*Yo*—Por qué, Timoteo?

*Timoteo*—Porque el primer renglon se parece tanto á un verso octosílabo como el citador á Moratin. Hé aquí el sambenito que le viste el padre de un *Veterano*, al padre de *El Viejo y la niña*:

Pedancio, á mi entender  
Es tu *au laia* singular;  
¿Quién te mete á censurar  
Lo que no sabes leer?

*Yo*—Qué poca memoria y oído tiene el señor Bustamante.

*Timoteo*—Es cierto, señor amo; poca memoria porque no cita la cuarteta tal como es, y poco oído porque al primer renglon le quita una sílaba, dejando *cojo* al verso. Esto no me extraña, pues en *Un Veterano* abundan esas *cojeras*.

*Yo*—Y no recitas la redondilla verdadera, Timoteo?

*Timoteo*—Sacada de las obras de don Leandro Fernandez de Moratin? Es la siguiente:

Pobre Geroncio, á mi ver  
Tu *tocura* es singular;  
¿Quién te mete á censurar  
Lo que no sabes leer?

*Yo*—Así está el número completo.

*Timoteo*—Justamente, porque Moratin, señor amo, no hacía uso de los dedos para contar las sílabas, sino que obedecía al ritmo. Contándolas por los dedos las equivocaciones son fáciles, pues las sílabas se suman de una manera en poesía y de otra manera en prosa.

*Yo*—Eso lo sé, Timoteo.

*Timoteo*—No lo digo por su merced, sino para



los que todavía lo ignoran. Volviendo á Moratin, agregaré que el poeta cómico habla, es cierto, de un Pedancio, en otro de sus epigramas. Tal vez el nombre ha confundido los recuerdos del señor Bustamante.

Escuche la quintilla dedicada á Pedancio:

Pedancio, á los botarates  
Que te ayudan en tus obras,  
No los mimes, ni los trates;  
Tú te bastas y te sobras  
Para escribir disparates.

Yo — Basta ya de citas, Timoteo, y vengamos á la cuestion primera.

Timoteo — Está resuelta solo con decir que el escritor de la *Mujer abandonada*, da una en el clavo y ciento en la herradura, ya escriba en verso ó en prosa.

Yo — Pero él te niega competencia para criticarlo.

Timoteo — Bueno fuera que me la concediese! Entonces nada tendria que aducir en su favor. Y apesar de negarme competencia, reconoce que la obra criticada está llena de adetesios.

Yo — Sin embargo la defiende á capa y espada.

Timoteo — Y con un heroísmo digno de mejor causa.

Timoteo — Eso es propio de los buenos padres Timoteo.

Timoteo — Comprendo; profesan mas cariño á los hijos defectuosos que á los bellos, porque, tratándose de los primeros, unen la compasion al amor paternal.

Yo — Se me ocurre una idea ¿Porqué no le propones al articulista un certámen poético, para probar allí cual de los dos es mas competente en materias literarias?

Timoteo — Su merced me ofende con tal idea.

Yo — Hombre, no alcanzo la razon

Timoteo — Es muy sencilla, señor amo. Pésó á la incompetencia de que habla el señor Bustamante, yo tengo la seguridad de que lo vencería en el torneo, sin trabajo ninguno. Por lo tanto el triunfo no me daría ni un átomo de gloria. Preferiria medirme con don Florencio Escardó ó con el cropista de *El Ferro-Carril*, antes que con el dramaturgo que presume de poeta.

Yo — Tampoco alcanzo el motivo de tu preferencia.

Timoteo — Pues lo diré sin ambages. El autor del *Veterano* ha llegado á una edad en que la inteligencia no puede dar mejores frutos que los conocidos — y estos frutos son malos. Los otros estan en la primavera del talento, esto es, en la época fecunda.

El primero ha llegado al invierno y tendrá que ir para atrás como el cangrejo; los segundos aun pueden producir obras hermosas. De manera que

habría mérito para mí en batirme con las inteligencias jóvenes, y no existiría ninguno lidiando con un talento en decadencia. No olvide su merced aquel verso de Corneille.

*A vaincre sans peril, ont triomphe sans gloire.*

Yo — Casi, casi me has convencido, Timoteo.

Timoteo — Pues en la próxima semana lo venceré del todo. Tenemos que hablar mucho todavía. Entretanto, amo mio, concluyo preguntando — *Hay papas y pimientos en la olla; pero ¿cuál de esos vegetales es mas hueco?*

### Triunfo en toda la línea

Sr. D. Juan de las Antiparras

Ruinas de Palmira

Montevideo, Octubre 7 de 1876.

#### Inolvidable filósofo:

En esta carta no te hablaré de política, ni de comercio, ni de finanzas, ni de agricultura; sino de los importantes artículos publicados en *El Ferro-Carril* por el autor de *Un Veterano Oriental*, tendentes á refutar la crítica que de su *pobre drama* (así lo califica) está haciendo este tu consecuente amigo.

Los pretendidos artículos refutatorios han sido la novedad de la semana, el acontecimiento de mas bulto ocurrido en los siete últimos dias.

La empresa de *El Ferro-Carril* está de felicitaciones, pues desde que el periódico empezó á dar á luz las elucubraciones mencionadas, la venta diaria ha subido de dos á quince mil ejemplares; y pienso que so mantendrá en este número (tal vez aumento) mientras continúe publicándose la *soi-disant* refutacion.

Comerciantes, industriales, empleados, marineros y *tutti quanti* saben leer, y componen la poblacion radicada ó flotante de Montevideo, devoran el *pasto intelectual* que les ofrece dia á dia el escritor de *La Mujer abandonada*. Hasta los bolsistas, gente que hace mas caso del papel moneda que de los papelotes literarios, no han permanecido indiferentes á las *misceláneas* que publica el laureado poeta; y se les ha visto en la Bolsa, entretonidos, antes y despues de jugar á la *blanca y negra*, con la lectura de los inmejorables *Remitidos* del señor Bustamante.

Uno de esos bolsitas me ha asegurado que sus colegas festejan sus ganancias ó se consuelan de sus pérdidas leyendo las nuevas producciones del mas grande dramaturgo nacional.

¿Querrás creer que ya no se enonentra un limpia botas sin un *Ferro-Carril* en el bolsillo? Lo mas comun es verlos con el cepillo en una mano y el periódico en la otra, lustrando ó ilustrándose



á la vez. Hasta ese extremo *ha subido* la popularidad de nuestro primer autor dramático.

Cuando va por la calle, las personas que lo conocen páranse á contemplarlo; y las que nunca lo han visto, tratan de conocerlo, amigo Juan. Aun te diré mas; me consta que han llegado á Montevideo millares de individuos de los países vecinos y de nuestra campaña, al solo objeto de saber qué figura tiene el fecundo literato á que aludo, y para poder exclamar, ya vueltos á sus hogares: —He tenido la honra de echar una visual sobre el ingenio de los ingenios uruguayos!

No pudiendo hacer otra cosa, esto es, entrar en relaciones con él, se conforman con mirarlo, amigo mío! ¿Quién ha obtenido tanta fortuna? Unicamente Lope de Vega, llamado el *monstruo* por Cervantes. Nuestro dramaturgo mereco igual calificativo, aunque yo, por incompetente, no me atrevo á dárselo con la misma significación.

¿Y cómo no ha de ser digno de admiración un hombre que afirma—lo que hasta hoy no sabían ni los sábios—que Arquímedes *descubrió el equilibrio de los cuerpos sumergidos en un fluido*, y celebró su descubrimiento saliendo en *calzoncillos* á la calle? Qué cita!... Oh! talento!

¿Cómo no ha de merecer las consideraciones que recibe, un hombre que dice soy tan diestro como un *gato montés* en materias de crítica?

Figúrate lo que hubiera dicho de mí, si una de esas casualidades tan frecuentes entre nosotros, y que han conducido á tantos estúpidos á un Ministerio, me hubiese llevado al de Hacienda, cuyo desempeño exige mas inteligencia todavía que la necesaria para criticar un drama!

¿Y cómo, por último, no ha de despertar la curiosidad de nacionales y extranjeros, sean estos de *allende ó aquellos de agüende el Atlántico ed altri city* (estilo italo-inglés), un hombre que no ha inventado.... la pólvora iba á decir—que no ha inventado la palabra *papá*, *venida de Francia despues de hacer una targa estadia en España*; pero que ha importado la costumbre de llamar *papita* á los veteranos?

Confiesa que es acreedor á tales consideraciones admiraciones y adoraciones, el vate que ha descubierto un mundo de incalculables riquezas literarias, al encontrar que una sílaba mas ó una sílaba menos en el renglon, no destruyen la armonía del verso.

Además ha resuelto otro problema tan difícil como el de la cuadratura del círculo; y es que *Mendoza ó lazo* son consonantes de *prosa y fracaso*.

Tú, que tienes infulas de poeta, aunque no tantas como el autor de un *Veterano*, siempre me habías asegurado que un verso es verso cuando tiene medida, número ó ritmo; y que no eran consonantes *tigre y libre*, ni *choza y hermosa*; pero

sin embargo, despues de lo dicho por el maestro tienes que convenir en una de dos cosas—ó en que estabas equivocado, ó en que me engañaste como á un negro.

*Maxister dixit*. Así es que ya no podrá sorprenderme la aparición de una cuarteta por el estilo siguiente:

Hacer un drama es fácil *trabajo*  
Para un hombre de *númen*,  
Que como águila vuela á la *cumbre*  
Del poético *Parnaso*.

En cuya cuarteta los consonantes y la medida obedecen á la *vara métrica* que ha usado el Lope de Vega nacional.....

Disculpame si interrumpo mi carta. Acaban de avisarme que van á ensayar en el teatro de Títeres al *Veterano*; y ya que no pude asistir á Cibils en sus dos exhibiciones, no quiero faltar ni á uno de los ensayos que me anuncian.

Espera mi próxima.

*Timoteo.*

## COSAS DE NEGRO

### Charadas

La prima es verbo, lo mismo  
Que la tercera, mas juntas  
Dan el poético nombre  
De una mujer que figura  
En leyendas y baladas  
Al par de génius y musas.  
Adjetivo numeral  
Es mi sílaba segunda  
Y el todo propio del campo  
Y á mas oficina pública.

Doblando la prima, un Dios  
Hallas (de orden subalterno)  
Y encuentres un diño tierno  
Doblando también la dos.  
Prima y tercera á mi vez,  
Y al de cualquier ignorante,  
Es reina del elegante  
Y reina de la mujer.  
Y si te abunda el total,  
Puedes, sirviéndote de él,  
Hacer brillante papel  
En nuestro mundo social.

El rumorista de *La Tribuna* dice que el burro del jardín de las Alhacacas era un *bipedo*.

Entónces que será el rumorista—acaso un *cuadrúpedo*?

*La Tribuna* no desmiente sus tradiciones.